

apartar de sí la animadversión general. Fanático sincero y adicto á la república, Klotz no era, sin embargo, culpable sino por sus relaciones con los hombres corrompidos de la Convencion, tales como Fabre y Chabot, y con los demagogos materialistas del partido de Hebert. Sobre todo lo era á los ojos de Robespierre por la proclamación de la república universal, que amenazaba á todos los tronos y á todas las nacionalidades. Robespierre, que siempre habia querido paz con los extranjeros, continuaba queriéndola. Sacrificandó á Klotz como á un insensato y como á un ateo, creía quitar la piedra de escándalo entre Europa y la república francesa. Robespierre no queria más conquistas que las de las ideas.

La indulgencia política con que habia cubierto á Danton se extendió á Fabre d'Eglantine, poeta y cortesano del pueblo, y cuya súbita fortuna hacía sospechar de su probidad.

Camilo Desmoulins, otro de los clientes de Danton, tuvo necesidad tambien de que se le excusase por la compasion que habia mostrado en el tribunal revolucionario cuando la condenacion de los girondinos. «Es verdad—dijo Camilo Desmoulins—que tuve un movimiento de sensibilidad en el juicio de los veintiuno. Pero los que me motejan, están muy léjos de encontrarse en la misma posición que yo. Quiero á la república, pero me he engañado respecto á muchos de sus hombres, tales como Mirabeau y Lameth, á quienes yo creía unos verdaderos defensores del pueblo, y que han concluido por engañarle. Una fatalidad extraña ha hecho que de sesenta personas que han firmado mi contrato matrimonial, no me queden más que dos amigos vivos: ¡Robespierre y Danton! Los demas, ó están fugitivos ó guillotinos. De este número eran siete de los veintiuno. Siempre he sido el primero á denunciar á mis propios amigos cuantas veces he visto que obraban mal. Yo he ahogado la voz de la amistad que me habian inspirado algunos grandes talentos.»

Esta excusa, tartamudeada tímidamente por Camilo Desmoulins, no calmó los rumores de los jacobinos. Robespierre se levantó para apaciguarlos. Amaba y menospreciaba á aquel jóven, arrebatado como una mujer y voluble como un niño.

«Es necesario—dijo Robespierre—considerar á Camilo Desmoulins en sus virtudes y en sus debilidades. Algunas veces tímido y confiado, con frecuencia animoso y siempre republicano, se le ha visto sucesivamente ser amigo de Mirabeau, de Lameth y de Dillon; pero tambien se le ha visto romper los ídolos que habia incensado. Yo le invito á proseguir en su carrera, pero tambien le exhorto á no ser tan versátil, y á que procure no engañarse en lo sucesivo respecto á los hombres que figuran en la escena política.» Esta amnistia de Robespierre cerró la boca á los amigos de Hebert, que querian herir á Camilo Desmoulins. Nadie se atrevió á proscribir al que Robespierre excusaba.

## VI

Entre tanto Vincent, Heron, Ronsin y Maillard, principales jefes de los Franciscanos, fueron presos por orden del comité de salud pública por una denuncia de Fabre d'Eglantine, y puestos al poco tiempo en libertad por un informe de Robespierre. Unicamente ocupado en la apariencia en asegurar el predominio del

gobierno sobre todos los partidos, Robespierre leyó en la Convencion un informe sobre los principios del gobierno revolucionario. Este informe arrojaba mucha luz respecto á sus planes y á los del comité.

«La teoría del gobierno revolucionario—decia en aquel escrito—es tan nueva como la revolucion que la ha engendrado. El objeto del gobierno constitucional es conservar la república; el del gobierno revolucionario es fundarla.

»La revolucion es la guerra de la libertad contra sus enemigos. La constitucion es el régimen de la libertad victoriosa y pacífica.

»El gobierno revolucionario debe á los buenos ciudadanos toda la proteccion nacional; á los enemigos del pueblo, la muerte.

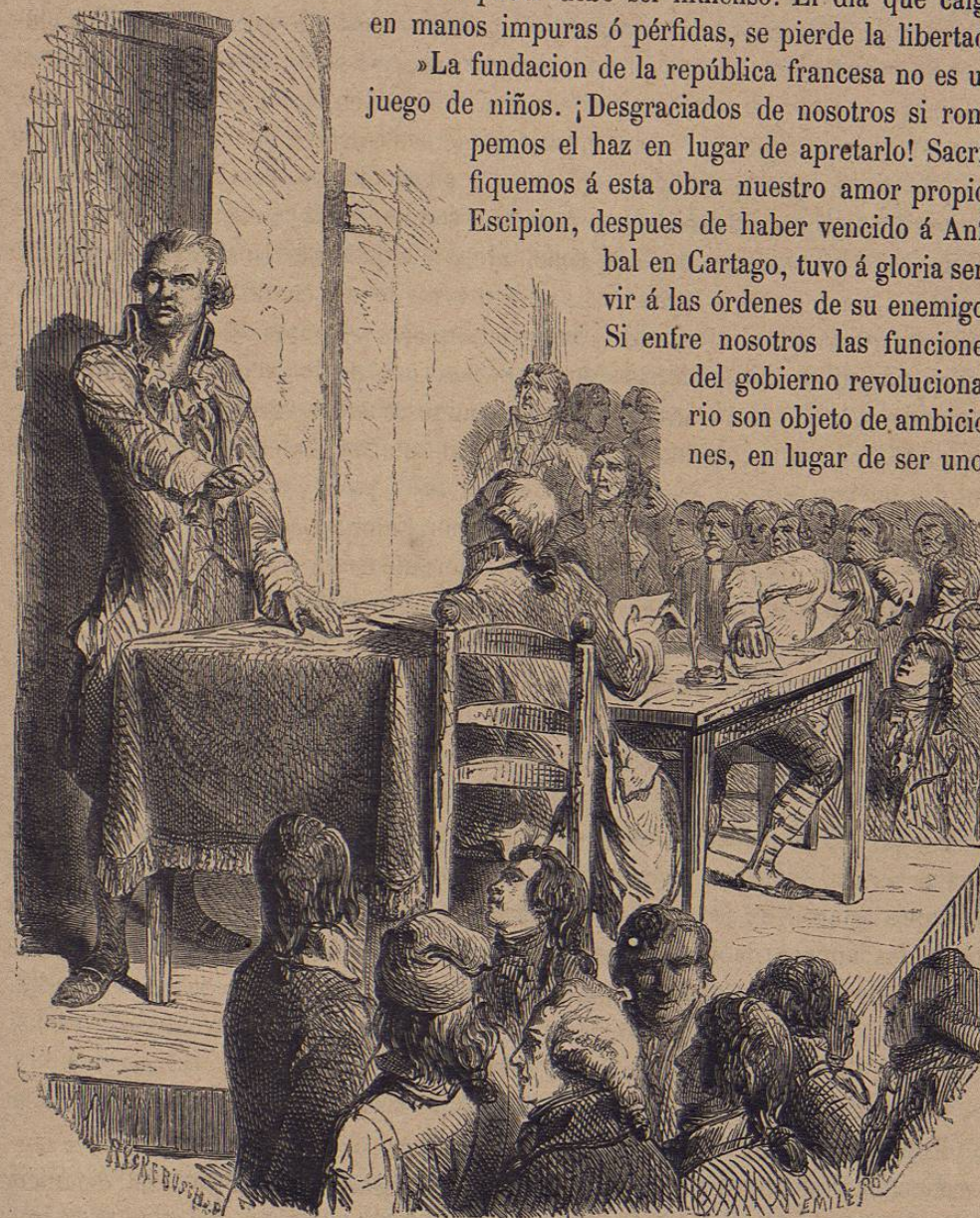
»Debe bogar entre estos dos escollos: la debilidad y la temeridad, la moderacion y el exceso.

»Su poder debe ser inmenso. El dia que caiga en manos impuras ó pérdidas, se pierde la libertad.

»La fundacion de la república francesa no es un juego de niños. ¡Desgraciados de nosotros si rompemos el haz en lugar de apretarlo! Sacrifiquemos á esta obra nuestro amor propio.

Escipion, despues de haber vencido á Anibal en Cartago, tuvo á gloria servir á las órdenes de su enemigo.

Si entre nosotros las funciones del gobierno revolucionario son objeto de ambiciones, en lugar de ser unos



Danton justificándose en los Jacobinos.—Pág. 310.

deberes penosos, la república está perdida. Apenas hemos reprimido los excesos de una falsa filosofía contra los cultos, apenas hemos pronunciado aquí el nombre de *ultrarevolucionarios*, cuando los partidarios del trono han querido aplicárselo á los patriotas ardientes que habian cometido de buena fe algunos errores hijos de su celo. Ellos buscan jefes en medio de vosotros. Su esperanza consiste en dividirnos y hacer que desconfiemos unos de otros. Esta funesta lucha vengaría á los aristócratas y á los girondinos. Es necesario confundir sus esperanzas haciendo juzgar á sus cómplices.»

Este informe de dos filos, dirigido evidentemente contra los hebertistas, que acusaban al comité de salud pública de debilidad, y contra los dantonistas, que le acusaban de excesivo rigor, terminaba por un decreto ordenando el pronto juicio de Dietrich, corregidor de Strasburgo, de Custine, hijo del general, y de cierto número de generales acusados de complicidad con el extranjero. Estas eran unas víctimas casi todas inocentes, inmoladas á la reconciliación entre los tres partidos; sangre arrojada á la Convención para apaciguarla. Pero este sacrificio no apaciguó nada.

## VII

Las querellas de Camilo Desmoulins y de Hebert en sus periódicos mantenian la discordia. Sintomas mudos revelaban á los ojos de Robespierre y del comité las sordas murmuraciones de Danton. La abdicación y el silencio de este orador inquietaban al comité de salud pública. Desde su regreso de Arcis-sur-Aube, su reposo no era natural, y su humanidad era sospechosa. La sangre de Setiembre, que aún manchaba sus manos, no habia hecho verosímil tanta piedad en el alma de Danton. Se veía en su indulgencia afectada un cálculo más bien que un sentimiento. Este cálculo era una amenaza contra los hombres que manejaban el arma de los suplicios. Danton, afectando separarse de ellos, parecia espiar la hora de un retroceso en la opinion pública para volver aquella arma contra ellos, imputarles la sangre derramada, echarles en cara las víctimas, aprovechar los resentimientos que habrian encendido, y apoderarse de la revolucion, que era su alma, entregándolos despues á la venganza del pueblo. Estas sospechas de Robespierre y del comité contra Danton estaban justificadas por su naturaleza, por su situación y por su profunda política. También lo estaban por el temple de su alma, que pasaba, con la inconsecuencia de una sensación, del arrebató del terrorista á la generosidad y á la compasión. Los crímenes y las virtudes de Danton se reunian en aquel momento para perderle. El fausto de su vida ociosa y llena de placeres en Sevres, cuando la república estaba ardiendo y cuando la sangre salía de todas sus venas; en fin, la fortuna inexplicable que se le atribuía, comparada con la indigencia de Robespierre, todo contribuía á hacerle sospechoso. Las temeridades de la pluma de Camilo Desmoulins recaían sobre Danton. No se creía que este jóven y ligero folletista fuese capaz de atreverse á tanto si no estuviera persuadido de que le cubria la sombra de un coloso. La audacia de su estilo pasaba por ser inspiración de su protector.

Camilo Desmoulins habia querido adular á Robespierre, dirigiendo *El Viejo Franciscano* contra Hebert y su partido; pero se encontró con que ofendió al rival sombrío de Danton. ¡Extraño error de una adulación extemporánea, que hiere en

lugar de acariciar! Todo el nudo del drama que va á desarrollarse estuvo en esta mala inteligencia de un folletista. Su inconsiderada pluma, queriendo matar á sus enemigos, anticipó la hora fatal para sus amigos y para sí propio. La impaciencia que tenia por darse importancia y fama le precipitó á su perdición. Su muerte fué un aturdimiento, como lo habia sido su vida; pero al ménos fué un aturdimiento honrado, á veces sublime, y que borraba en la apariencia muchas prostituciones y bajezas.

Camilo Desmoulins empezó en su primer número del *Viejo Franciscano* por adular á Robespierre.

«La victoria ha quedado por los Jacobinos,—escribia relatando la justificación de Danton,—porque en medio de la ruina de tantas reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre ha quedado intacta. Fuerte ya en el terreno ganado durante la enfermedad de Danton, el partido de sus acusadores, en medio de los pasajes más patéticos y más convincentes de su justificación, silbaba, movía la cabeza y se sonreía, manifestando compadecerse, como si aquel discurso fuese el de un hombre condenado por todos los sufragios. Hemos vencido, sin embargo, porque despues de los discursos ardientes de Robespierre, en los cuales parece que el talento se aumenta á proporcion que van en aumento los peligros de la república, y viendo la impresion profunda que habian dejado en los ánimos, era imposible atreverse á levantar la voz contra Danton, sin dar, por decirlo así, un finiquito público de las guineas de Pitt.»

Afectaba en otro de los párrafos posteriores la adoración á Marat para cubrirse con aquella fama póstuma contra los que le echaban en cara su debilidad:

«Despues de la muerte de aquel patriota tan esclarecido, á quien yo me atreví hace tres años á llamar el *divino* Marat, ésta es la única marcha que pueden seguir los enemigos de la república. ¡Cuántas veces, y lo atestiguo con sesenta de mis colegas, he llorado en su seno las funestas consecuencias de esta marcha! En fin, Robespierre, en un discurso que la Convención ha decretado que se envíe á toda Europa, ha levantado el velo. Convenía á su valor y á su popularidad deslizar diestramente, como lo ha hecho, la gran palabra, la saludable palabra de que Pitt ha cambiado de baterías; que ha tratado de hacer por medio de la exageración lo que no habia podido por el moderantismo, y que hay hombres políticamente contrarrevolucionarios que trabajan en formar como Roland el espíritu público y en falsear la opinion en sentido contrario, pero encaminándola á un terreno igualmente fatal para la libertad. Despues, en dos discursos no ménos elocuentes, Robespierre se ha pronunciado en los Jacobinos con más vehemencia contra los intrigantes que con alabanzas públicas y exclusivas se lisonjean de desunirle de todos sus antiguos compañeros de armas y del batallón sagrado de los Franciscanos, con el cual habia batido tantas veces al ejército real. ¡Para vergüenza de los sacerdotes, él ha defendido el Dios que ellos abandonan cobardemente!»

Aquí Camilo Desmoulins hacía reflejar el talento de Tácito al hablar de las maldades modernas; el frances, en su pluma, era conciso y enérgico como el latin:

«Despues del sitio de Perusa, dicen los historiadores, á pesar de la capitulación, la respuesta de Augusto fué: «¡Es necesario que todos perezcais!» Trescientos de los principales ciudadanos fueron conducidos al altar de Julio César y degollados en el día de los idus de Marzo; en seguida, el resto de los habitantes fué pa-